

Reseña

¡Alucinante pesadilla teatral!

□ Por Abniel Marat
Especial para ESCENARIO

Como parte del 23er. Festival de Teatro de Vanguardia del Ateneo Puertorriqueño dedicado a la primera actriz Iris Martínez, se estrenó el trabajo multidisciplinario titulado "Hagiografías II", del dramaturgo y actor Aravind Enrique Adyanthaya. Más allá de la religiosidad del título, con el programa de la obra en sus manos el público empieza a captar la irreverencia iconoclasta de esta obra.

El propio autor-director recibe a los presentes envuelto en un sudario y amarrado con sogas. Es una metáfora irreverente de Jesús en el sepulcro y su viaje a los infiernos. En este caso, el infierno es el teatro y las almas perdidas en ese lugar somos nosotros, el público.

El autor nos profetiza, nos lee la mano, nos adivina el futuro y hasta nos invita a cantar mantras y oraciones que no tienen otro motivo que el burlarse de los grandes principios religiosos de la humanidad. Aquí todas las grandes religiones —judaísmo, cristianismo, islamismo, hinduismo y budismo— son destruidas por el autor-actor en este monólogo glorificado que no es otra cosa que una alucinante pesadilla teatral.

Estructurada en "Once hornacinas", la obra utiliza elementos del teatro de la crueldad de Antonin Artaud, el lenguaje del absurdo de Samuel Beckett, el mundo alucinante del surrealismo de Dalí, Lorca y Buñuel, y también integra un baile santero dedicado a las siete potencias africanas. Si todo este conglomerado de estilos pretende confundir al espectador, hay que advertir que la estructura dramática de la pieza es de un orden perfecto, porque la obra se nos presenta en dos planos simultáneos: el propio autor nos cuenta un sueño recurrente que tiene, donde su otro yo inconsciente, llamado en la obra "X-ye



□ "Hagiografías II", de Aravind E. Adyanthaya, como parte del Festival de Teatro de Vanguardia.

ye", trata en vano de destruir los grandes símbolos religiosos del hombre.

La obra es una peregrinación del alma humana, caída y rebelde como el mismo Lucifer, intentando en vano de llegar a una estación de tren donde no exista la fe, la religiosidad ni Dios en todos sus aspectos metafísicos. Al

final de esta pesadilla teatral, el autor se enfrenta con la historia de Santa Rosa de Lima y su padre puertorriqueño soñando, en San Germán y en vísperas de su viaje al Perú en busca de oro y fama, con una mujer (su propia hija que todavía no ha nacido) mostrándole el camino de la vida eterna.

Se puede interpretar toda la obra como la transmigración de un alma (el padre de Santa Rosa de Lima) que a través de los siglos busca y no encuentra la realización del ser y termina encarnándose en el propio autor-director: Aravind Adyanthaya. Todo enmarcado dentro de una fiesta santera, con tambores, congas, bailes, sacrificios de animales y mucho humor negro.

Aquí reside la profunda validez de esta pieza: el público siempre se está riendo, aun dentro de su propia confusión.

La obra es muy compleja. Aparenta ser una locura sin sentido, pero es todo lo contrario. Esta pieza postmoderna e iconoclasta, excelente y necesaria, es teatro puertorriqueño en una dimensión vanguardista. El problema con el teatro puertorriqueño es que tanto el público, como los autores y los críticos no han podido despegar de dos vertientes literarias que atrasan al teatro en este país: o vemos nuestra realidad desde un hiperrealismo descarnado y excesivamente naturalista; o nos perdemos en los vericuetos románticos de un neociollismo con sabor a cuatro, encajes y daguerrotipos.

La producción de Casa Cruz de la Luna fue excelente. Todos los actores desarrollaron sus personajes con eficacia y muy buen sentido de lo teatral. Las pinturas utilizadas en la obra, las luces, los bailes, las canciones, las congas, todo reflejó un magnífico sentido de lo que es teatro en su aspecto ritual e irreverente. El Festival de Teatro de Vanguardia del Ateneo Puertorriqueño se extenderá hasta julio del año 2000. □